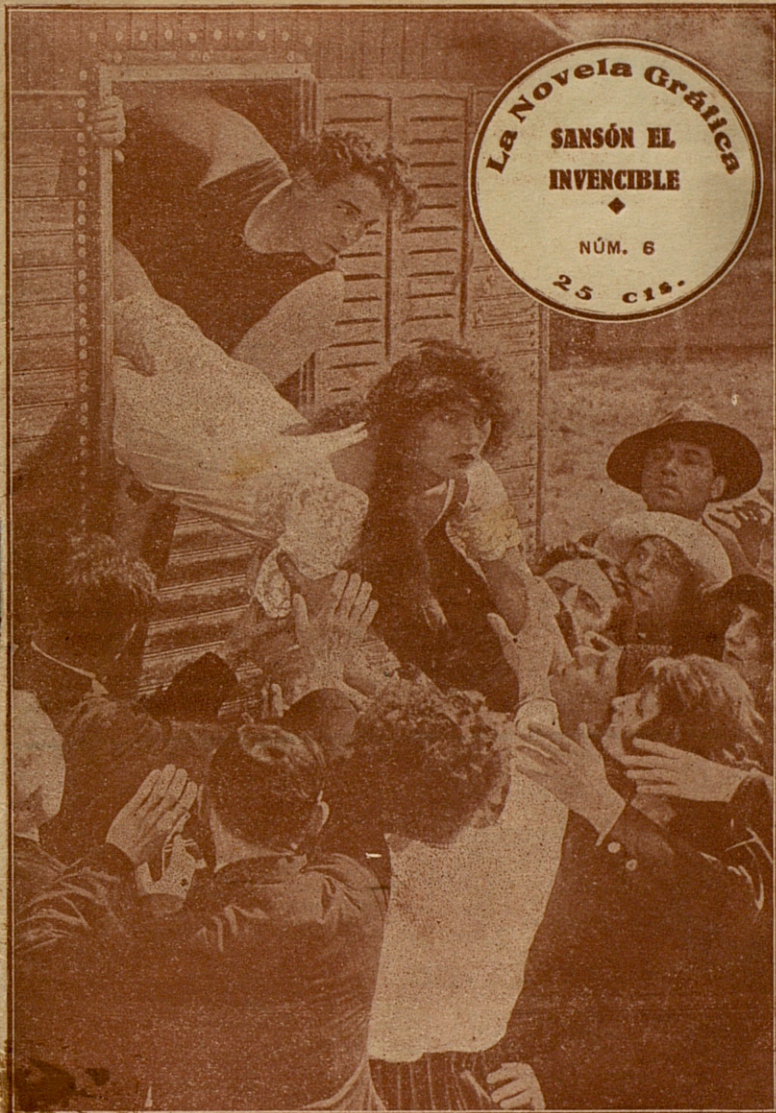


La Novela Gráfica

SANSÓN EL
INVENCIBLE

NÚM. 6

25 cts.





SANSÓN EL INVENCIBLE

*Es propiedad de los editores.—
Hecho el depósito que marca
la ley.*

SANSÓN EL INVENCIBLE

Adaptación literaria del drama
cinematográfico de

Rodolfo Strauss

y

José Dalmont

Exclusiva:

Repertorio M. de Miguel

LA ARISTOCRACIA DEL FILM

Consejo de Ciento, 292. ~ Barcelona

Protagonista:

Sansón. . . . **Luciano Alberfini**

AÑO 1

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM. 6

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla de las Flores, 30, 1.º

Teléf 4656 A. — BARCELONA



Talleres Gráficos propios:

Bou de San Pedro, núm. 9

Teléf. 1167 S. P.-BARCELONA

Corresponsales: En todas las poblaciones de España y América

Sansón, el invencible

I

EL circo estaba como en anteriores días, lleno a rebosar. El nombre de Sansón, campeando sobre carteles rojos, azules, verdes, había realizado el milagro de congregar en torno a la amplia pista, a numeroso y distinguido público, ávido de emociones.

Sansón, el artista que a sus prodigiosas fuerzas y agilidad no igualada, unía la distinción y suprema elegancia de aquellos gladiadores que en el circo romano arrebatában de entusiasmo a la multitud, era un hércules, tipo perfecto de be-

lleza varonil, que conocía todos los secretos de la plástica y que, intrépido y temerario, desafiaba los mayores peligros, deseoso de emocionar, de cautivar a las multitudes, apiñadas bajo los potentes arcos voltaicos que inundaban de luz blanca la vastedad del circo.

En él admiraba el público al hombre y al artista. Sus músculos parecían los de una escultura del glorioso Buonarroti; su valor, signo de los titanes de la fábula; su elegancia como la del famoso Petronio. Encopetadas damas suspiraban por él; gráciles figulinas elevábanle en su pecho un altar; y muchas «vírgenes locas», pensando en Sansón, vigoroso como un semidios guerrero, difícilmente podían conciliar cada noche el sueño. Era el artista predilecto de las mujeres, el amado, el deseado por todas...

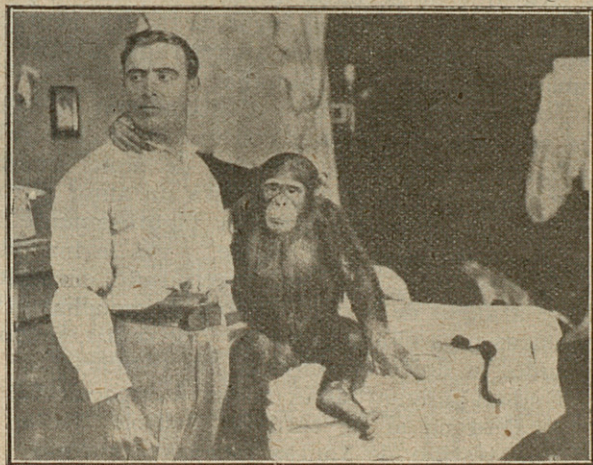
Sin embargo, Sansón, aunque halagado en su vanidad, apenas si hacía a sus admiradores la merced de corresponder con leves sonrisas a la devoción que por él sentían.

Sansón se había enamorado de Eva, la gentil funámbula cuya belleza sin par provocaba, al presentarse en la pista, murmullos de estupor. Eva había despertado el dormido corazón del triunfador artista; Eva le había encantado, subyugado, sintiendo por ella Sansón esa muda veneración de los fieles amadores. Y, ya que no podía acariciar a la amada, contentábase con departir con Jack, un mono al que Eva quería mucho...

Pero la hermosa volatinera, a la enjambres de adoradores ofrendaban, con su amor, su fortuna,

apenas si concedía atención a las miradas cariciosas, apasionadas del prodigioso atleta. Las palabras un día ardorosas, del barón Godani, los trajes y joyas que el aristócrata le regalaba, teníanla ella en más aprecio que el caudal amoroso brindado por Sansón.

Godani, no obstante, satisfecha su vanidad por



Contentábase con departir con Jack, el mono al que Eva quería mucho...

haber sido el amante de la funámbula cuyas sonrisas tantos se disputaban, y con ganas de acabar con un *idilio* que iba resultándole molesto, quería a todo trance verse libre de Eva, cada día más interesada por él.

— ¡Bah! — solía decir a sus amigos —. Esto no ha sido más que un capricho pasajero...

Y una noche, resuelto a poner término a una situación para él cada día más embarazosa, escribió a la volatinera una carta lacónica, citándola en el parque a donde tenían por costumbre entrevistarse.

Eva, que no actuaba durante la primera parte de la función, acudió al lugar de la cita, acompañada de Jack, un mono amaestrado a quien la funámbula quería y mimaba.

Sonaban en sus oídos, al abandonar el circo, los aplausos atronadores con que el público saludaba la aparición de Sansón, de aquel hombre que sentía por la frívola artista un amor puro y grande; la charanga atacaba vigorosamente las notas de un brioso pasodoble..., y a la luz plata de la luna, Eva, con paso precipitado, encaminábase al lugar de la cita, deseosa de escuchar otras músicas para ella más gratas y de sentir, junto al amado, la dulce emoción de las caricias.

Godani la aguardaba con cierta impaciencia.

— Perdona si he tardado — díjole, ya en el rincón testigo de tantas escenas amorosas.

Y esperó a que el barón como de costumbre, la besara en los labios.

Pero el aristócrata, le expuso, brutal, el motivo de haberle dado aquella cita, que no era para continuar la dulce mentira de sus amores, sino para dar por terminado aquel estúpido juego de amor, aduciendo a tal objeto razones que, lejos de convencer, exasperaron a la funámbula,

víctima de la inconstancia y el cinismo del aventurero.

Eva rogó, suplicó, primero; fluyeron de sus ojos lágrimas que no ablandaron el corazón de Godani, y ante la obstinación de éste por concluir un amorío que le hastiaba, la joven burlada, en un instante de extravío, amenazó al infame con un revólver.

El barón, sin perder la serenidad, arrebató a la volatinera su arma, arrojándola lejos, y se retiró tranquilamente después de haber pronunciado la palabra fatal de «hemos terminado».

Eva se quedó inmóvil, como extraviada en la noche, sin saber qué partido tomar, si arrojarle a uno de los estanques del parque, o volver al circo en busca de Sansón para que la protegiera, cuando, de pronto, se estremeció de espanto. A pocos pasos de ella había sido disparada un arma de fuego, convulsionándola el estampido que resonó en las frondas...

Apresuradamente fué en busca de Jack, que aguardaba a honesta distancia, y Eva y el orangután salieron con precipitación del parque.

Luego, mientras Sansón vencía a un poderoso atleta, y el público aplaudía frenéticamente al jamás humillado, la volatinera, temblorosa de coraje, se iba transfigurando externamente ante el espejo con el poder de las drogas... Y allá, sobre el musgo del parque silencioso, bajo las mudas estrellas, un caballero exhalaba ayes de dolor y se retorció....

II

EL atentado de que había sido víctima el Barón de Godani, puso en conmoción a las autoridades. Y habiendo resultado infructuosa una batida minuciosa dada en los alrededores del lugar del suceso, entraron en funciones los perros policías al objeto de descubrir la pista del autor del disparo.

Entretanto, Pituso, ayudante de Sansón y gran amigo de Jack, jugueteando con el mono, arrebató a éste un papel que apresuróse a leer. Era la carta que horas antes dirigiera Godani a Eva.

Pituso entró en el cuarto de Sansón agitando alegremente tal misiva...

— ¿Dónde hallaste ese escrito? — preguntó el atleta.

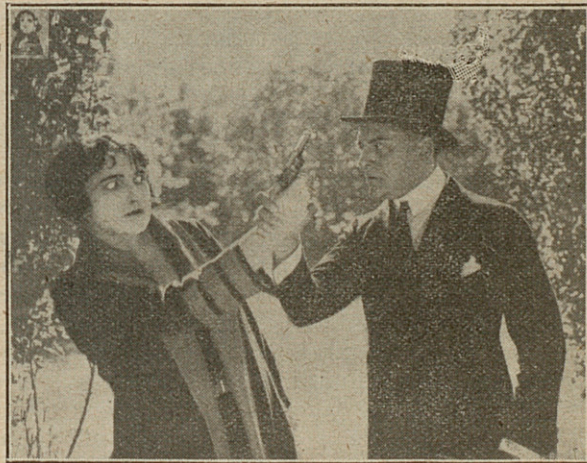
— Se lo quité a Jack, respondió el muchacho.

Sansón pasó con avidez su mirada sobre los renglones que trazara la mano del aristócrata, y, mordido por los celos, destruyó, quemándolo, aquel desdichado mensaje. ¡Rasgo noble y generoso de un hombre enamorado y no correspondido! Haciendo desaparecer aquella prueba que podía constituir para Eva una acusación, no sólo dejaba un deber cumplido, sino que abría su pecho a la esperanza... ¿Qué no haría él por obtener el cariño de la hermosa mujer que había deslumbrado?

El fino olfato de los sabuesos condújoles al circo, seguidos de los policías, acusando los perros, con su actitud inequívoca, a la volatinera.

Esta defendióse tenazmente del crimen que se la imputaba.

— ¿Reconocéis este revólver — preguntóle el comisario.



En un momento de extravío, amenazó al infame con un revólver.

— Sí, es mío; pero yo no disparé.
Jack permanecía impasible.

— ¿Negáis, por tanto, haber herido al señor Barón de Godani?

— ¡Niego!

— Sin embargo, habré de deteneros...

— No — intervino Sansón, — esta señorita no ha cometido el delito de que se la acusa... El autor del disparo contra el Barón..., ¡soy yo!... Uno de los perrazos, como si protestara de aquella declaración, se arrojó sobre el atleta.

Eva sintió en aquel momento deseos irreprimibles de abrazar al generoso atleta, quien, ya esposado, recibió, como premio a su noble acción, con la mirada de la agradecida artista, la más tierna y conmovedora promesa de amor...

* * *

Conducido por la policía, Sansón es trasladado, desde la ciudad, a la capital del distrito. El prodigioso artista, durante el trayecto, iba dando vueltas en su magín a un plan de fuga. ¿Cómo iba él a resignarse a permanecer en la cárcel, poseyendo fuerzas para humillar la cerviz de un toro?...

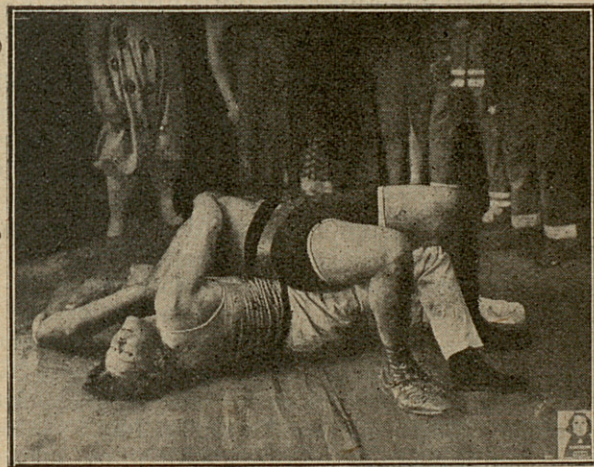
Dudó entre la conveniencia de desquilar con la violencia de sus puños, a los agentes que le custodiaban, o de perforar, más tarde, con sus uñas, el espeso muro de la cárcel, cuando vió pasar al galope largo de un corcel, más veloz que las alas de los rayos, a Pituso.

A todo trance quería Pituso libertar a su amo, y provisto de cuerdas, acudió, jinete en un brioso alazán, en su auxilio, adivinando Sansón las intenciones del muchacho.

Este, encaramado en una peña situada al borde

del camino, aguardó el paso del carruaje, en el que viajaba, convenientemente custodiado, el falso autor del atentado contra Godani... Oyó, a lo lejos, el rodar del coche...; luego vió rebrillar sus charoladas maderas a la luz del sol... y sonrió esperanzado...

El vehículo se acercaba...; hallábase ya a pocos



... mientras Sansón vencía a un poderoso atleta...

metros de la ingente roca... Pituso temblaba de emoción...; pero al llegar el carruaje frente al lugar donde aguardaba el muchacho, éste, valeroso, echó el lazo al tronco de mulas, con tal acierto,

que las caballerías rodaron por el suelo y volcó el coche.

— ¡Ahora es el momento, mi amo! — gritó, loco de alegría, a la vez que arrojaba una cuerda...

Sansón rompió las esposas que le sujetaban las muñecas; derribó de un formidable puñetazo a uno de sus guardianes, y asiendose a la sogá, comenzó a trepar, como un felino, peñas, arriba...

En vano intentaron los burlados policías ascender por la cantera. Aquellas rocas eran inaccesibles, y ellos muy poco hábiles para llegar a los elevados picos, ganados por Sansón y Pituso, contentándose con disparar sus pistolas contra los fugitivos..., que equivalía a derrochar pólvora en salvas, pues el atleta y su ayudante no tardaron en perderse de vista...

Ya en la frontera, después de una larga caminata a través de profundos barrancos, y de fragosos montes, Sansón dijo, abrazando a su salvador:

— ¡Adios, Pituso valiente! A tí sólo te debo la libertad de que gozo... Adios; no te pongas triste, que muy pronto volveremos a vernos... Ahora vuelve allá, a jugar con tu amigo Jack, y a decir a Eva que Sansón no la olvida... ¡Adios, Pituso!...

III

EN el Circo Recreaciones de la ciudad de Norfolk, entusiasmaba a diario al público, un artista de fuerza y agilidad prodigiosas. Este artista que hacía anunciar con el nombre de

Mister Richards, realizaba todos sus ejercicios con el rostro cubierto por un antifaz, intrigando no sólo a los espectadores, sino también a las autoridades, que quisieron conocer la causa de tal excentricidad.

— Puede usted estar tranquilo —, dijo al comisario el representante de la Empresa —: Ese hombre es una persona honorable, que oculta su rostro por respeto a su alcurnia. Pertenecer a una linajuda familia de la aristocracia inglesa.

La fama del «hombre enmascarado» crecía por momentos, mostrando sus numerosos admiradores empeño en verle tal cual era. Mas Mister Richards, mantúvose firme en su decisión de trabajar siempre ocultando su rostro, que no descubría sino a sus camaradas, y una buena parte del éxito alcanzado, debíase precisamente a aquella particularidad.

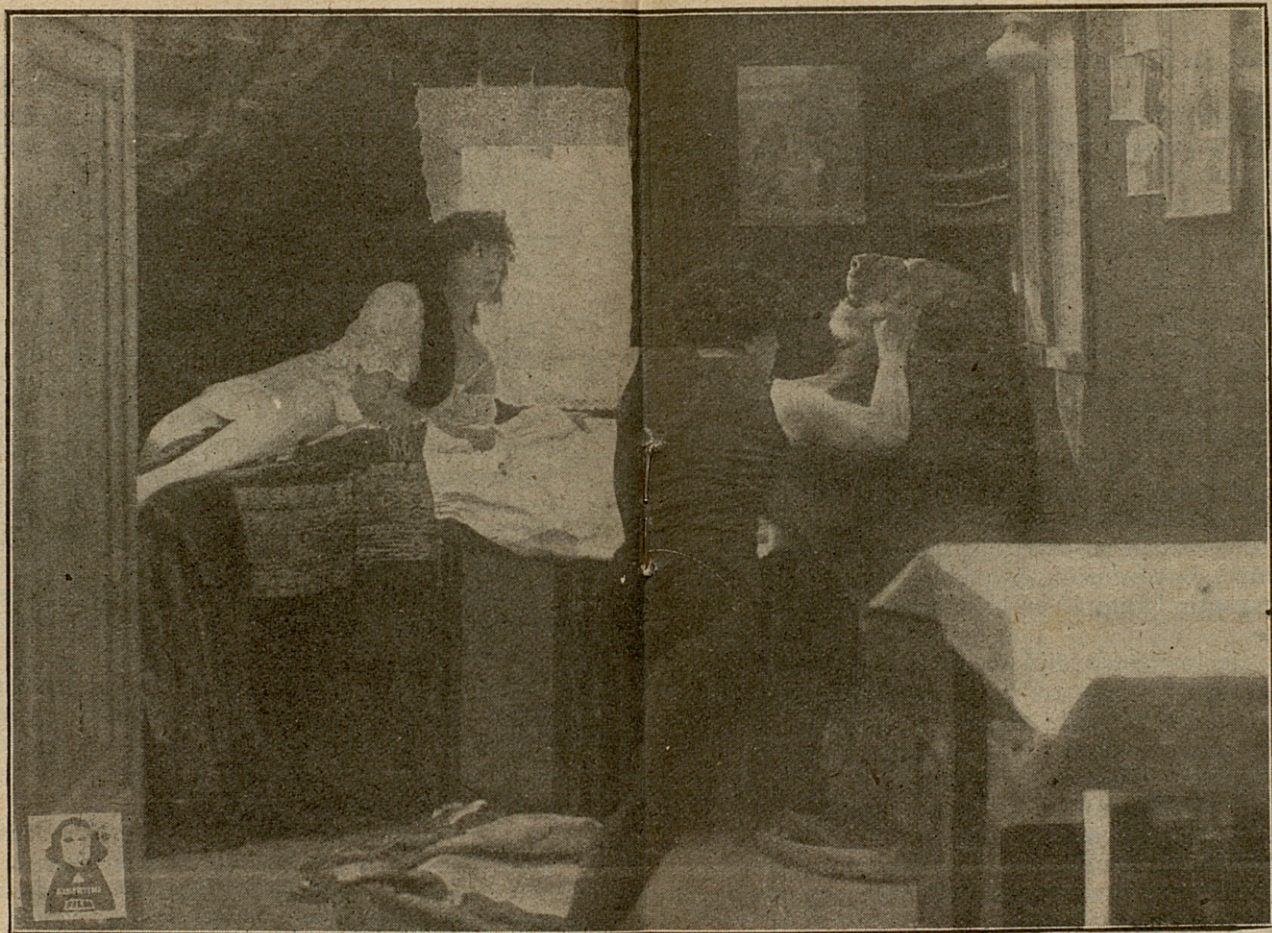
— El día que se me vea sin máscara — decía — se concederá menos valor a mi trabajo... El misterio es una cosa que atrae.

— Estoy por imitar a usted, señor Richards — dijo un día una «écuyère» del circo, una muchacha rubia como el champan, como un rayo de sol...

— ¿Para qué, señorita Elsa?...

— ¡Usted verá!... Para que rabien más mi rival Erminia y su marido, el domador...

— ¿Se la puede a usted aplaudir más todavía?... Por otra parte ¿cree usted que ocultando a los ojos de los espectadores un rostro tan lindo como



El atleta luchó bravamente con el poderoso león, vencéndole

el de usted, la iban a demostrar mayor admiración?...

El marido de la rival a la que aludió Elsa, era hombre de perversos instintos, que se enfurecía cada vez que oía una palmada como premio al trabajo de la rubia «écuyére».

— A esa — dijo a su esposa — nadie la dejará inútil más que yo...

Y una noche, el domador de fieras, hizo salir a un hermoso león de su jaula, conduciéndolo hasta la puerta del cuarto de Elsa... El animal penetró en el aposento, y rugió de un modo espantoso... La «écuyére», horrorizada, lanzó un grito desgarrador...

Prodújose inmediatamente en el circo la consiguiente alarma... A los rugidos de la fiera, se unían las voces pidiendo auxilio, el ruido de puertas que se cerraban, el estrépito que se ocasiona en momentos de confusión, de pavor...

El empresario irrumpió en la estancia de Mister Richards.

— Uno de los leones dijo con voz temblorosa, ha penetrado en el cuarto de la señorita Elsa... ¡Únicamente usted puede reducir a la fiera, librando de una muerte segura a la artista de los cabellos de oro!...

El «hombre del antifaz», intrépido, abnegado, no vaciló un sólo instante en exponer su vida. Y ante el general asombro y la mortal angustia de toda la «troupe», el atleta luchó bravamente con el poderoso león, venciénolo.

— ¡Ay, mi querido amigo! — exclamó Elsa —.

¿Cómo podré demostrar a usted mi gratitud inmensa?...

Mister Richards no contestó. Pero sus pupilas se clavaron en las pupilas azules y serenas de la «écuyére».

IV

EVa descubrió por fin, tras incesantes indagatorias, el paradero de Sansón, no vacilando en ir a reunirse con el hombre que había logrado enamorarla con aquel gesto gallardo de aceptar las penalidades de la cárcel que ella debía de sufrir.

Había transcurrido mucho tiempo y sabido es que, en amor, los minutos tiene la equivalencia de siglos. Eva no contaba con que el Sansón a quien tratara, en otra época, con excesiva frialdad, hubiese podido encontrar, en su andorreo por las sendas de la vida, otra mujer que pusiera luz de aurora en el espíritu del artista mimado por los públicos.

Así, cuando, guiada por Pituso, logró hallarse la lado del atleta, pretendió demostrar a éste su cariño nacido de la gratitud...

— ¡Oh, valeroso y noble amigo! — expresó con vehemencia —. Su alejamiento, lejos de debilitar mi fê, la agrandó, inmensificándola... De otro modo, acaso no hubiese de pagar a usted la deuda de amor que contraí con quien procedió conmigo tan caballerosamente.

Pero Sansón, que había borrado de su memoria hasta el nombre de la hermosa funámbula por la que concibió una pasión frenética, hubo de objetar:

— Aquel Sansón que usted conoció, señorita, ha muerto. El actual Mister Richards, el «hombre enmascarado», es otro hombre, muy distinto en todo del que un día, rendido de amor, no tubeó en hipotecar, por una mujer, su prestigio... ¡Se ha hundido tantas veces, desde aquella fecha, el sol en la noche!... ¡Se llevó la cabalgata de los días tantos recuerdos!... ¡Se proyectaron en la pantalla de mi espíritu tantas imágenes!...

— ¿Ha encontrado, por fortuna, el corazón gemelo?...

— Sí; encontré a la mujer que ha sabido comprenderme...

— ¿Es... esa «écuyère», a la que usted libró de las garras de un león?...

— Con igual gallardía que en otra época libré a usted de la negrura de la cárcel... Y Sansón, temeroso de que le sorprendiera Elsa, se asomó a una ventana...

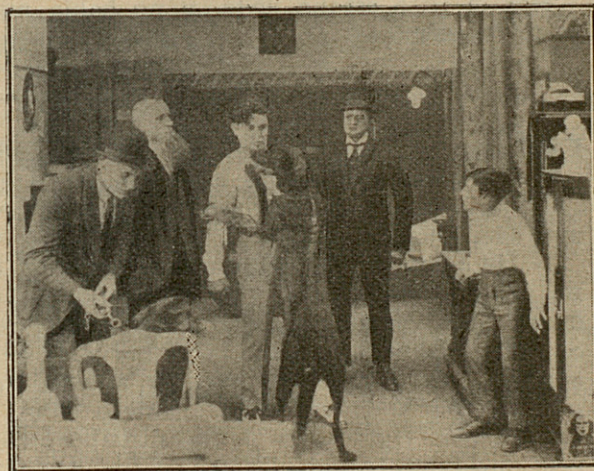
Humillada, Eva, volvió la espalda al hombre que la rechazaba, y juró vengarse. Tenía en su poder un arma poderosa para herir: la delación.

Y en un arrebatado de cólera, despechada, ciega de furor y mordida por todas las víboras de los celos, pensó en el Barón de Godani... No tenía más que informar al aristócrata, al que odiaba profundamente, de que el autor del atentado contra él en el parque, hallábase en la ciudad de Norfolk,

usando el nombre de Richards y presentándose todas las noches, ante el público del Circo Recreaciones, con el rostro cubierto por un antifaz...

Eva, después de haber delatado a Sansón, respiró satisfecha. Y viendo trabajar aquella noche a la mujer amada por el atleta, pensó:

— ¡Qué breve va a ser tu felicidad!...



... uno de los perrazos se arrojó sobre el atleta.

■ No obstante, ya en el hotel, sin otra compañía que la de su Jack inseparable, sintió como un amago de remordimiento, algo así como si la conciencia le gritase:

— ¡Eres una infame!... Tú sabes que no fué Sansón el que disparó contra Godani, y, sin embargo, no vacilas en cometer la felonía de delatarle!

La funámbula no consiguió conciliar en toda la noche el sueño. Su acción villana no la dejó en reposo los nervios.

— ¡Si soy una vill! — declaró.

Más el paso estaba dado, y no había medio de retroceder.

V

TAN pronto como el Barón de Godani recibió la misiva delatando a Sansón, trasladóse a Norfolk, compareciendo al día siguiente ante el Comisario de policía.

— He comprobado — dijo el aristócrata — que mi anónimo comunicante no pretendió burlarse de mí. Efectivamente el «hombre enmascarado», es Sansón... Ahora bien; como posee la fuerza de un hércules, me permito recomendar a usted que, para efectuar la detención de tal sujeto, escoja los agentes más vigorosos y ágiles, distribuyéndolos convenientemente por el Circo, a fin de que no pueda escaparse.

Por la noche, apenas comenzado el espectáculo penetró en el despacho del director, el comisario de policía.

— Vengo — anunció — a detener al «hombre del antifaz», reclamado por la Justicia como presunto autor de asesinato frustrado.

— ¡Oh, Mister Richards asesino!... ¡Eso no es posible!

— Séalo o no, me lo llevaré de aquí esposado.

El director del circo vió que se le caía encima la bóveda celeste. ¡Con el negocio que estaba realizando la Empresa, desde que actuaba el prodigioso artista!

— Yo ruego a usted — suplicó — que, al menos, aguarde a detenerle después de terminado su trabajo... Es para evitar un conflicto... ¿me entiende?...

Transigió el Comisario. Y mientras Sansón era saludado, al aparecer en la pista, con estruendosas salvas de aplausos, las numerosas fuerzas policiales, iban extendiéndose por el circo...

Eva sorprendió la conversación de dos agentes, dándose en el acto exacta cuenta del daño que iba a causar al hombre que despreció su amor por el amor de la adorada Elsa. Operóse en su espíritu rápida reacción. Comprendió que no tenía derecho a tamaña venganza. Y puesto que ella había sido la causante de lo que se intentaba contra Sansón, nadie más que ella debía ser la que procurara salvarle.

Trazó nerviosamente unas líneas sobre un papel; buscó a Jack; ordenó al mono, con su acostumbrada mímica, que depositase en manos de Sansón, el salvador aviso, y momentos después, al tiempo que Eva informaba a su rival del peligro que corría el atleta, trepaba el orangután, en medio de las carcajadas del público, hasta

llegar al trapecio en que Sansón realizaba arriesgadísimos ejercicios.

El «hombre enmascarado» agradeció el ramo de flores que Jack le entregara, adivinando que tal obsequio no era sino un ardid de Eva para comunicarle alguna sensacional noticia... En efecto, vió en el «bouquet» un papel, que extrajo rápidamente, pudiendo leer:

«La policía ha invadido el circo, dispuesta a detenerle. ¡Sálvese!»

Sansón sonrió—. ¡Bah!— parecía decir—: ¡prenderme a mí!... ¡Qué ilusos son los policías!

Y orgulloso y altivo, arrojó el ramo de flores, se arrancó el antifaz, y ascendió, ágil, por una cuerda hasta la cúpula del edificio.

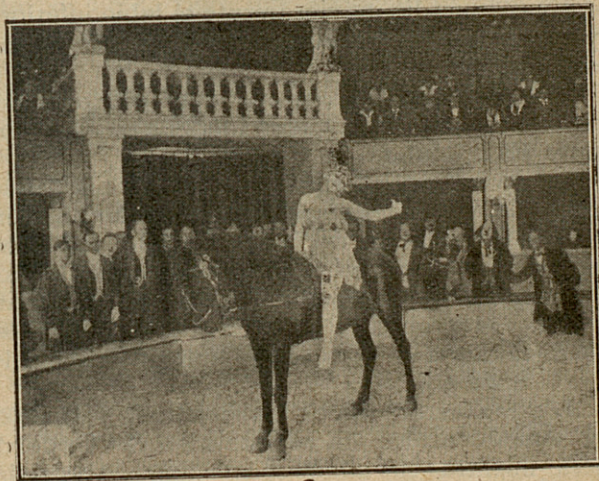
Como aquel ejercicio no figuraba en el programa, el público celebró con ruidosos aplausos la novedad del espectáculo. Pero el comisario, advirtiendo la maniobra de Sansón, dispuso, encorajinado, que se lanzaran los agentes en persecución del hombre que intentaba fugarse.

¡Vano empeño! El poderoso atleta había ganado la azotea inmediata al circo, desde la cual se arrojó a un balcón, luego a otro... y a otro..., metiéndose, en su huída, en el «hall» de un palacio, donde burló a sus perseguidores...

* * *

Las rudas emociones y la consciencia del pe-

ligro en que Sansón se encontraba, produjeron en Elsa tal excitación nerviosa, que fué preciso trasladarla a su casa y prestarle los necesarios cuidados. A ello se ofreció noblemente Eva que, arrepentida de sus pasados yerros, quiso hacerse grata a los ojos del hombre que amaba, atendiendo a su elegida.



Elsa, «écuyère» del circo, relucía como un rayo de sol...

— Tranquilícese, amiga mía — decía a Elsa —; Sansón ha desaparecido sin dejar tras de sí el más leve rastro. Tenga la seguridad de que ningún mal le amenaza.

Y como la acongojada «écuyére» se lamentara, con lágrimas en los ojos, de su desgracia, Eva añadió:

— No se preocupe por nada. Si la ausencia de Sansón se prolonga y usted no puede, durante unos días, actuar en el circo, yo atenderé a todas sus necesidades con el producto de mi trabajo...

— ¡Oh, gracias, mi buena amiga!

Eva se mordió nerviosamente el labio inferior... y recomendó reposo absoluto a Elsa, que no tardó en dormirse.

El silencio en la casa era sepulcral, pudiendo percibirse hasta el vuelo de una mosca. Elsa dormía. Eva velaba.

De pronto llegó a sus oídos un rumor levisimo, como de respiración fatigada... Acercóse de puntillas a las vidrieras del balcón, viendo, con asombro, que éstas se abrían empujadas desde fuera... La sombra de un hombre — una sombra gigantesca — se proyectó en los cristales, y escapóse de la garganta de la funámbula un grito ahogado: — ¡Sansón!

Los brazos del atleta aprisionaron, ávidos, en la semiobscuridad de la estancia, el cuerpo de Eva, mientras sus labios constelaban de besos las mejillas ardorosas de la mujer a quien no iban dirigidos...

Entonces apareció Elsa, con una lámpara de petróleo en la mano, y al ver, asombrada, a Eva en brazos de Sansón, cayó como herida por un rayo.

El atleta arrojó violentamente contra la pared

a la mujer por la que en otro tiempo sintió amor, y corrió a auxiliar a la que yacía inerte junto a las llamas, que comenzaban a propagarse.

Precipitóse Eva por la escalera, huyendo del incendio y del amor imposible, y Sansón, ante la inminencia del peligro, aprestóse a salvar a la amada, echando a correr, con ella en brazos, hacia la azotea.

En su huída tuvo que arriesgar su vida y la de Elsa muchas veces; pero llegado a un punto desde el cual no era posible avanzar sin exponerse a una muerte segura, decidió jugar el todo por el todo, dando un salto que podría abrirle la sepultura.

Desafió Sansón el peligro, y la Fortuna se le mostró propicia..., aunque a medias, pues si bien había logrado salvar su vida, en poco estuvo que no comprometiera la de Elsa, ya que ambos, por un capricho del Destino, fueron a parar al furgón donde se guardaban las fieras del domador que tanto odiaba a la «écuyére»...

Sansón luchó bravamente con una pantera, y logró, por fin, salvar a su amada...

Pero él perdió, en cambio, la libertad, pues sobre Sansón cayeron varios policías, que le amarraron despiadadamente...

Y a la luz lechosa de aquel amanecer, sus ojos fulguraron siniestros.

VI

ALGÚN tiempo después celebróse la vista del proceso Sansón, acusado de haber intentado asesinar al Barón de Godani.

El acto dió principio con el interrogatorio del atleta, quien sostuvo su inocencia, declarando que, por los indicios que pudo adquirir, la autora del atentado era Eva Beltrani.

— ¡Ese hombre miente! — gritó la aludida, poniéndose en pie.

Concedida la palabra al Barón, relató el aristócrata escuetamente los acontecimientos de la noche de autos, con estricta sujeción a la verdad, refiriendo cuanto ya el lector conoce.

Pero en aquel momento prodújose gran revuelo en la sala. El mono Jack irrumpió, por un ventanal, en el salón de actos, causando en jueces, letrados y público el natural estupor.

Jack avanzó serenamente hasta colocarse cerca del barón de Godani. Le miró con iracundia y acto seguido le apuntó al pecho con el revólver que empuñaba.

Un grito desgarrador llenó los ámbitos del vasto salón. Era Eva la que por segunda vez interrumpía la solemnidad del acto, paralizando la acción de Jack.

— ¿Dónde estaba ese mono la noche del crimen? — preguntó el fiscal.

— A pocos pasos del lugar de la escena — aseveró Eva —. Es mi inseparable.

— Entonces, el asunto está bien claro. Celoso ese animal de las preferencias de su ama para con el barón, disparó contra él al objeto de desbarazarse de un peligroso rival... Retiro la acusación y queda, por tanto, en libertad el procesado, cuya inocencia proclamo.



Y Sansón temeroso de que le sorprendiera Elsa, se asomó a una ventana...

Entonces Sansón, magnánimo, estrechó las manos de Eva, diciéndole:

— Os perdono, porque obrasteis cegada por la pasión. Pero no olvidéis que yo, en otro tiempo, cuando os negasteis a aceptar mi amor, en vez

de causaros daño, no vacilé, por haceros un gran bien, en declararme autor del atentado que no cometí... ni cometisteis vos... Y es que los hombres nos vengamos así: humillando, no destruyendo...

FIN

Pida usted el quinto número de
LA NOVELA GRAFICA

que publica un
Número extraordinario
de homenaje a
Francesca Bertini

F E D O R A

Adaptación literaria de la
película del mismo título,
(basada en el drama de
Victoriano Sardou),
de la marca

CESAR ~ FILMS

Concesionaria exclusiva:
FILMS PIÑOT

Principales intérpretes:
Princesa Fedora Romanoff,
FRANCESCA BERTINI

Loris Ypsnoff,
CARLOS BENETTI

LA NOVELA GRÁFICA

L será la amiga inseparable de los amantes del cine. Ella será quien le oriente en el camino del verdadero arte del silencio y en sus páginas encontrará los más bellos asuntos de la producción mundial.

LA NOVELA GRÁFICA

no podrá nunca ser superada en belleza literaria ni aventajada en presentación material.

¡ADEMÁS! nuestra publicación quiere que todos sus lectores vayan reuniendo poco a poco las más bellas fotografías de sus artistas predilectos. A efecto ha estado lecido los siguientes

REGALOS

La postal que va adjunta a cada ejemplar de LA NOVELA lleva un número en el dorso y a los que resulten iguales a los TRES PRIMEROS PREMIOS del sorteo de la Lotería Nacional del 10 de cada mes, les serán adjudicados los siguientes

PREMIOS

PRIMERO

Un pase para CIEN FUNCIONES en el cine que se desee de cualquier localidad de España.

SEGUNDO

Un pase para CINCUENTA FUNCIONES en el cine que se desee.

TERCERO

Un pase para VEINTICINCO FUNCIONES en el cine que pida el lector.

Se adjudicarán además otros

300 PREMIOS

consistentes en una MAGNÍFICA FOTOGRAFÍA del artista que se desee, ejecutada en insuperable CARTULINA ESMALTE, tamaño 22 x 26 centímetros. Estos premios serán adjudicados a los poseedores de todos los números del centenar de los tres primeros premios.

Para recibir estos premios, bastará con remitir la postal premiada a nuestra administración, anotando al dorso los siguientes detalles:

Nombre y dirección de la persona favorecida con el premio. Nombre del artista que se desee recibir. Los gastos de envío, son por nuestra cuenta.

